Formas de la escritura

Al diablo con la magia

Hace una década moría Francisco Espínola en Montevideo, dejando detrás una obra breve y un largo magisterio literario e intelectual. Para recordar al escritor hoy me ocuparé de un memorable texto suyo, me refiero a "Rodríguez", uno de los tres cuentos que Espínola agregó a la tercera y definitiva edición del libro "Raza ciega". Edición que hizo la Universidad de la República en 1961. Y me detendré en las palabras finales de uno de los personajes del relato: la más formidable puteada de la literatura nacional.

El texto -que es el más breve del volumen- narra el encuentro de un criollo con el tentador, una noche de luna e inmediatamente después de cruzar un paso. El desconocido se le aparea a Rodríguez y cabalgan juntos por el campo en plenilunio, durante un rato. Mientras lo hacen se da un diálogo en el que el importuno habla y acciona vivamente tratando de seducirlo. Rodríguez opta por el silencio incrédulo, que abandona en dos ocasiones en las que dice muy pocas palabras. En la segunda y última de sus intervenciones formula una respuesta que desespera al otro, al desconocido y le hace insultar y abandonar el intento volviéndose a una barranca junto al paso, a esperar otro candidato.

Como siempre: se trata de un pobre diablo que no es pobre porque le ofrece la mujer de sus deseos, llenarle de oro las latas que quisiera, otorgarle poder político y grado -salvo el último-, y finalmente le ofrece pruebas de su magia. Para ello cabalga en un oscuro que repentinamente se vuelve tordillo como leche, arranca una rama de tala que tira transformada en víbora silbadora. Para encender el cigarro logra una llamita sobre la yema del índice frotándola con la del dedo gordo. El caballo se le vuelve toro cimarrón con ojos de fuego y luego se le vuelve un bagre en el que cabalga agarrado de sus bigotes haciéndolo clavar de cola.

¿Y todo esto? -"¿Eso? Mágica, eso". Tal la respuesta de Rodríguez al requerimiento del otro, con la que derrumba o aplasta al demonio y lo frustra.

Roberto Ibáñez sostuvo que este cuento "supone un aporte originalísimo, desde aquí y con lo nuestro, a la narrativa universal", y sin dejar de reconocer la existencia de antecedentes latinoamericanos (Tomás Carrasquilla, Ricardo Güiraldes, el folclore) importa advertir que su mérito surge de trascender la picaresca criolla.

El nombre Rodríguez, tan común en el Río de la Plata, remite a las raíces hispánicas de nuestro ser colectivo y a los aspectos realistas de su carácter. El hacer del personaje que es sobrio y equilibrado expresa notablemente nuestra idiosincracia porque no es propenso a creer ni a aceptar las soluciones mágicas del ofertante. Rodríguez se sabe librado a sí mismo y por ello es precavido, cuida a su zainito pero sigue cabalgando en la suave intemperie lunada del campo uruguayo. Afronta la situación y templa el ánimo, lucha con el arma más filosa: la incredulidad y la entereza. Es criatura sencilla pero grande en su misterio. El forastero de larguísimos bigotes habla y habla, pero él calla y observa. Parlotea y gesticula el deminio mientras cabalga en un oscuro como su poncho, pero Rodríguez suma su silencio al de la noche. Esa ausencia que es presencia de su convicción, le priva al otro de la base para ejercer su dialéctica. Por ello llega a usar hasta un tono de imploración porque su soledad desesperada nos pone en evidencia la plenitud del hombre. Como la noche que ha puesto en evidencia la plenitud de su luna, bajo cuya luz Rodríguez y su suave sombra siguen el rumbo.

Rodríguez y su sombra siguen sobre la tierra; hay integración del ser y el hacer. Esa sombra es su alma, el complemento que descarta la soledad. De su plenitud humana nace su instinto natural para distinguir lo engañoso. Es uno de los de "Raza ciega" por su simple condición, porque es un criollo situado en su circunstancia, pero es lúcido y como tal paciente y sufrido. Es capaz de exorcizar al mal sin proponérselo casi. Por ello el tentador se ahoga en un insulto apenas audible estremecido en el fracaso final.

"-¿Eso? Mágica, eso", dice Rodríguez. Pero adviértase que el marronazo de su respuesta que hace añicos el móvel de la anécdota, no derrota definitivamente al diablo. Esos fragmentos autorregeneran rápidamente el asunto porque el jinete del oscuro se apostará nuevamente entre los sauces del paso, a la espera de otro caminante. El recurso magistral de Espínola logra un relato que se abre cuando se cierra. Y en el silencio que señorea otra vez "bajo la blanca, tan blanca luz", el misterio queda intacto. Se sale del libro y a la vida se va. A la vida se nos viene gracias a la forma que Espínola halló para su escritura.

Ricardo Pallares

Las palabras y las cosas

LA CASA DE LA PIEDRA NEGRA de Jorge Arbeleche. Prólogo de Martha Canfield. Ed. Arca Octubre 1983.

En tono bajo y sostenido, una temática que incluye motivos y tópicos tradicionales enriquecidos con oficio y vida, sin retórica hueca, una elaboración poética a veces monocorde que insiste desde lo verbal en replanteos semejantes para reforzar el significado, son algunos de los aspectos más salientes de este libro estructurado en tres partes, mezcla de poesía y prosa.

I **"Sucesos"** con diez poemas, II **"Espacios"** con catorce textos en prosa, y III **"La casa de la piedra negra"** un poema en nueve partes agrupa los temas del abandono, de la soledad, del amor ausente, del azoramiento por las pérdidas inexplicables, del tiempo feliz, y también, menos tradicional quizá en su tratamiento, del amor físico que asume las pequeñas derrotas corporales y el paso del tiempo y sus mudanzas.

El des-amor no quiere ser gritado porque es ya **"la desolación de los objetos"** que alguna vez fueron mirados pluralmente, el **"... adiós a otro/para no volver a decirle "hasta mañana")**, soñar y ser soñado como una manera de confundir al dolor, de despistarlo, de jugar con la naturaleza elusiva de las cosas para sufrir menos. La soledad es anónima e ineludible **("De noche/Un hombre entra en su casa./Nada se oye. Nadie habla. Tira un objeto al suelo/ (El ruido ocupa el aire)./Se dormirá y despertará entre cosas/y habrá de comenzar el día/y arrastrará la luz/hacia la noche/ que lo espera/ cotidiana".)**, el mundo un sistema ambiguo de claves oscuramente descifrables, y todo máscaras.

Las palabras intentan en su más justa medida aludir y poseer, conjurar, rescatar, y elaborar a partir de un vocablo todo un complejo de significados y referencias. Hay un mundo de objetos que remite a lo cotidiano, puertas, espejos, cuadros, huevos, plantas, ventanas, y que en el plano semántico y en el contexto se convierten en imágenes variadas; se acude al objeto como vehículo que enlace lo aparentemente tangible con lo aparentemente intangible (estamos en un mundo de signos), para que se pueda anclar sin demasiado hermetismo en el significado, y sin que esto despoetice el objeto.

Dentro de los sucesos los hay en apariencia intrascendentes, planteados como en registro menor, los hay dolorosos pero apagados, económicos en el desarrollo poético y en el manejo de recursos, y los hay también oscuros. Los **Espacios** elaboran un discurso más complejo, más pendiente quizá de los recursos, y de las imágenes. Sin embargo, se muestra también un mundo que quiere documentar actos, hechos, siempre tentando la simplicidad de exposición un poco al estilo del aforismo (extenso en la mayoría de los **Espacios**) o del poema chino en lo que tiene que ver con una lírica de tono individual y que tiende a la sencillez: **"Había llegado después de árido camino. El lugar del olvido era calmo. Apenas luz pero jamás oscuro; deshabitado virgen. Como antes de nacer. Como antes de morir".**

La última parte **(La casa de la piedra negra)** retoma el tono de la primera en algunos aspectos, pero se construye en base a cierta unidad temática.

Casi como una tesis, el primer poema de **Sucesos** llamado **Del desamor**, comienza al modo de la sentencia para luego establecer la medida del amor que es lo inexplicable y lo inconmensurable,

"el espejo de Alicia hecho añicos" como introductor a un espacio sorpresivo o inverso que refleja y se refleja devolviendo y multiplicando la imagen.

Miriam Pereira

"Las ventajas hemisféricas":

Daniel Amaro y Sylvia Meyer graban en Noruega

Ud. está en un inmenso rancho de madera de dos pisos rodeado de agua. El agua es transparente y muy salada y absolutamente quieta; se ven los peces nadando y el fondo de piedra.

Ud. mira el reloj y son las dos de la mañana y entra el sol por las ventanas. Ud. se entera que está en el SIGMA LYDSTUDIO y que esa luz roja avisa que están grabando con la consola de 24 canales, pero que hay otra de 48 canales y a lo mejor otras más grandes, no se sabe.

Preguntar es imposible y el estudio no tiene fondo. Ud. graba consigo mismo, a 9 voces y toca en un piano y después en otro, sí, un Yamaha y un Fender y además uno, dos, varios sintetizadores. El técnico de barba despeinada es el famoso Erling Lund y también está nada menos que Köre Kalvenes.

Ud. está trabajando para una organización misteriosa que se llama GALERIET y allí todo se mueve y se coordina como en las películas de James Bond, silenciosamente, exactamente. Se trata de algo difícil de prever: un catálogo de música latinoamericana para el mundo escandinavo. Esta situación de fantasía la vivieron Daniel Amaro y Sylvia Meyer hace pocas semanas. Pero la explicación debe empezar antes.

Hace tiempo, poco después de su famoso recital en el Teatro del Notariado donde presentó "A la ciudad de Montevideo", Daniel Amaro volvió a España, conoció una azafata con ojos de diosa y se casó fulminantemente. La azafata era noruega y Daniel alucinado se encontró siguiendo a su amor, feliz y cantando sus canciones a 20 grados bajo cero, en un fiordo de Noruega, a dos dedos del Polo Norte. Allí vive, todavía hoy, en una casa de madera lustrada, con grandes ventanales de doble vidrio que dan a los fiordos y las montañas de nieve eterna.

Sylvia Meyer y Marco Maggi decidieron pasar por la mayor ciudad de Noruega, Bergen, en pleno verano (julio y agosto de este año) y allí, recibidos en la casa de Daniel, conocieron el tiempo increíble del sol a media noche.

Buen lugar Bergen para nostalgiarse con Montevideo y cantar:

Montevideo
Sin tu nombre
Cada día
De memoria
Me moriría

(así dice "Madre cruel" de Amaro) o para cantar:

Esta ciudad
Donde ayer te conocí, Montevideo,
Debe ser
Por amor
Completamente demolida

(así dice "Apenas enamorada" de Sylvia Meyer).

Sucede pues -porque el mundo es ocurrente y asombroso- que Sylvia Meyer grabó, de pasada por Noruega, un Long Play titulado "Piano Lejos" y Daniel Amaro -que estaba allí y cantaba con éxito por radio y por T.V. pero que, como siempre, cantaba por cantar, sin preocuparse- grabó un Long Play titulado "Mares y abismos".

Esos dos larga duración que contienen 11 temas cada uno, van a ser editados en Montevideo, hacia diciembre, por el sello Sondor. Y puede esperarse mucho de esos discos. La calidad de sonido obtenido en ese estudio (que parece un rancho de dos pisos y está rodeado por el agua quieta del fiordo) es realmente estupenda y las canciones y el canto de Daniel Amaro y de Sylvia Meyer ya los conocemos.

Adelanta Sondor que tanto Amaro como Meyer ofrecerán un recital para la presentación de sus placas y, seguramente, un recital conjunto. Después de haber trabajado del otro lado del mundo, no está mal que compartan con nosotros sus "ventajas hemisféricas"

Carlos Maggi